

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: D. PEDRO ROMERO MENDOZA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
¿La Gran Extremadura, una utopía?.....	3	<i>Narciso Sánchez Morales.</i>
Ideario Extremeño	20	<i>Fornier.</i>
Nuestros clásicos: Farsa de sancta Bárbara.	21	<i>Diego Sánchez de Badajoz.</i>
Recuerdos: Frases ingeniosas	25	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Mi Salomé	27	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Léxico extremeño.....	28	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Nada y algo	33	<i>Manuel Pacheco.</i>
La santa Madre Iglesia.....	35	<i>Marcelino González Haba.</i>
Pensamientos	37	<i>Stendhal, Remy de Gourmont, Thévenin, Séneca</i>
La vida era la luz.....	38	<i>Laureano Malmagro.</i>
A un pájaro	39	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Fortalezas, castillos y torres de Extremadu- ra medieval	40	<i>Valentín Soria.</i>
Páginas antológicas: «Hermana Marica»....	43	<i>Luis de Góngora</i>
El platero flamenco, Jacques de la Rúa, es- tablecido en el siglo XVI en la cacereñí- sima calle de Pintores	45	<i>José de Hinjos.</i>
Esperanza: Luz sin sombras.....	70	<i>Amenofis.</i>
Un escritor para el costumbrismo cacereño.	71	<i>Julio Cendal Peñalver.</i>
Crítica sin hiel.....	73	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Ultima rima.....	75	<i>Juana Borrero.</i>
En Badajoz: La inauguración del monumen- to al genial pintor de Extremadura, Ade- lardo Covarsí, constituyó un fervoroso tributo a la egregia figura	76	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
La Diputación Provincial aprobó importantes conclusiones relacionadas con el aprove- chamiento Tajo-Segura.....	79	
Mirador: Crónica	82	<i>Julián Acto.</i>
Recensiones.....	91	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Concursos: «IV Premio Temas» (1968).	94	
Noticia de Revistas	95	
Libros recibidos	96	
Láminas.....		

Nuestros artistas: «La Higuera»
por José Antonio Nabarro.
Fotos de Arribas y «El Notí-
ciero».



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXII

ABRIL-MAYO-JUNIO 1968

Núm. 151

¿La Gran Extremadura, una utopía?

(Apuntes sobre su Metafísica y Fenomenología)

Por NARCISO SANCHEZ MORALES

Dos advertencias.



ANTES de tratar a fondo el tema que me he propuesto desarrollar, considero oportuno hacer dos advertencias, algo así como dos amonestaciones náuticas que eviten que la nao de mi trabajo, esta débil nave, que yo tal vez he cargado con exceso, toque los escollos de Seylla y Carybdis.

Un aforismo latino nos va a servir de pauta, «cum extrema sunt vitiosa, in medio consistit virtus», «cuando los extremos son viciosos, la virtud está en el medio». Fijaros bien que dice «virtud», «valor», «transcendencia» y no «mediocridad», «vulgaridad», «minusvalía». El que yo evite los dos extremos peligrosos que os voy a reseñar en seguida, no menoscaba, lo más mínimo, el valor del centro, que es la Gran Extremadura, que todos los extremeños y españoles anhelamos.

¿Cuáles son los dos escollos que he de evitar al plantear el problema de la Gran Extremadura? *El primero* y, por exceso, positivo, es llevar mi exaltación o doxología extremeña hasta el extremo de un regionalismo exacerbado. Ello constituiría una traición al «Ser»

extremeño y una traición a mis propias ideas. El extremeño es, por esencia, patriota, en el pleno sentido de la palabra, y su estilo es hondamente nacional. Más, aún, cuando, a través de la historia, conquista imperios, ni siquiera se le pasa por la cabeza, como al loco aventurero López de Aguirre, erigirse en rey y señor de aquellos territorios que él, a solas y sin ayudas de su misma nación, supiera conquistar y poner a los pies de su rey y emperador. Podrá tener gestos de caballero, retador u ofendido, como el de Hernán Cortés ante Carlos V, con aquellas osadas e históricas palabras: «Señor, os he dado más imperios que provincias heredásteis de vuestros abuelos». Pero nunca le pasa por la mente a Cortés, proclamarse señor independiente de los territorios conquistados. Es, pues, «contra naturam» del Ser extremeño, pretender la grandeza de Extremadura a base de un distanciamiento de la Madre Patria, España.

Sería también una traición a mi ideología, esa ideología que, a trancas y barrancas, voy predicando por los caminos de Europa, a esas esencias de Yustismo e Hispanidad universal, bicéfala como el águila imperial de nuestros mejores Austrias y que tanto mira a Europa, como a Africa, América, Asia y Oceanía. En fin, sería traición a esos mis pensamientos cordiales, que son frutos de las tres potencias: inteligencia, sentimiento y voluntad, y que he cifrado en ese símbolo del árbol, como expresión de la acción hispanizante: Somos, he repetido varias veces, árboles: las raíces fijas y clavadas en la patria chica, en esta Extremadura que nos dio el ser y nos ofreció la cuna; el tronco, ensanchado y agigantado en el solar hispano, en la madre España, y las ramas, con su abundante fronda, más allá de los Valles de fronteras nacionales, esparcidas a todos los vientos a impulsos de las auras puras de una supranacionalidad cristiana.

Sería traición a esta mi concepción del hombre como árbol, ya que una exacerbación regionalista removería estas sus raíces y daría al traste con mi nacionalismo. Más aún, con mi supranacionalismo, hispánico y cristiano.

* * *

Seylla, pues, ha quedado reseñado en ese escollo positivo de un regionalismo exagerado que va «contra naturam» del «Ser» Extremadura y se opone, de plano, a mi concepción del hombre hispano. Quédanos por señalar ese otro escollo de Carybdis, negativo, extremo igualmente peligroso, y que reduce nuestro «ser extremeño» a

algo vulgar, rutinario, anodino, sin ninguna influencia en el ámbito nacional, menos aún en el internacional, y que nos reduce a pueblo de pastores y labriegos, a mano de obra, a masa amorfa e inculta, a masa de relleno en las grandes naciones triunfalistas, y a masa, torturada y torturante, en las grandes revoluciones intestinas. Extremadura no debe, ni puede, ni sufre más, ser la gran desconocida de España. Extremadura no puede ser por más tiempo la cuna de los héroes sin gloria chamicianos:

LOS HEROES SIN GLORIA (De Chamizo)

¡Oh, los héroes sin gloria;
 los héroes del martillo y del arado;
 los que nunca tuvieron más amigos
 que el Dolor, la Miseria y el Trabajo!

.....
 con esa otra llamada a la nobleza:

¡Oh, los nietos de aquellos
 invencibles guerreros hijosdalgos!
 Respetad los archivos donde yacen
 los viejos pergaminos olvidados.
 Aún hay trincheras que ganar. La patria
 también hoy necesita vuestro brazo.

.....
 Quede sólo constancia que navegamos con una pesada, pero preciosa carga, la de Extremadura, y por un mar desconocido, el de la hora histórica actual, pero que pilotamos la nave con los ojos tensos sobre los dos escollos reseñados: el de una exaltación extremeña sobre la base falsa e inconsistente de un regionalismo exacerbado, y el de una apatía ante un regionalismo, sano, integral y transcendente, de Extremadura.

El Utopismo y Ucronismo.

.....
 Cuando se trata de crear, mejor dicho, de promover una metafísica extremeña, es lógico que se entremezclen términos o vocablos de origen griego o latino. Aquí, más que en ningún otro lugar, es lícito usar, incluso abusar de los mismos. Escribo para élites extre-

meñas, hablo en y al corazón de Extremadura, en la Augusta de los Eméritos, de los distinguidos, y estas élites extremeñas, estos eméritos que me escuchan, no sólo me van a soportar, sino que me van a agradecer me exprese en términos clásicos, porque la palabra debe estar en consonancia con la arquitectura histórica del lugar donde se pronuncia. Por eso, jugando con la palabra, diríamos que no es utópico hablar aquí de utopías, porque es tópico usar aquí, en Mérida de un lenguaje greco-romano. —Pues bien, ¿qué es utopía?— Utopía es lo que no tiene lugar, por las razones que sean, pero se vislumbra su situación en el campo de las posibilidades. Es decir, lo utópico no contradice a la razón, pero sí a la realidad, «hic et nunc». La utopía se da en los estados febriles, en los entusiasmos, en las euforias, en los triunfalismos. Vive del futuro, llega incluso a plasmarse y concretarse, racionalmente, en la mente, en los planes, en los presupuestos. Su mayor enemiga es la realidad, la praxis, en la que queda manifiesta y señalada la desproporción entre lo soñado y el molde que debería recogerlo.

La utopía es la derivada de lo posible, mientras la atopía comienza en el punto cero de donde arranca la negación de toda posibilidad. Así es utópico un reino de Cristo en el tiempo y es atópico el hombre corpóreo inmortal, o el desdoblamiento en el espacio de una cosa o persona. Lo utópico siempre es posible, lo atópico, nunca. Aceptamos por utopía lo que en realidad es un sueño, una imaginación casi irrealizable, algo que se quiebra antes de llegar a la «praxis». Es más, la *utopía* sólo se da en la *ucronía*; las cosas y seres que no son del tiempo, tampoco tienen lugar en el espacio. Las ultracoordenadas *utopía* y *ucronía*, sólo pueden ser manejadas por los genios, los profetas y los místicos. En el campo maravilloso de la quinta dimensión, sólo concebible en los éxtasis místicos o en los raptos de los grandes visionarios, como un Tomás Moro o un Campanella. No; la Extremadura que nosotros concebimos es real y determinada, aunque aquí tratemos de estudiar su metafísica, su ontología: Es la Extremadura que navega entre esos dos escollos que hemos indicado al principio: el escollo emergente y acantilado, positivo, de un regionalismo exacerbado y ese otro escollo, de banco de arena, negativo, que anquilosa y aniquila a nuestra región, como si ésta no fuera parte integrante de la patria España. Extremadura no es utópica ni ucrónica; mucho menos anacrónica y anatópica. Extremadura es un «seiendes», algo que se realiza y perfecciona cada día, algo que camina al Ser, determinado por las concretas coordenadas del tiempo y del espacio.

La Gran Extremadura.

Rechazado el extremismo regionalista y el intrascendente, establecidos sobre el punto medio o centro de esos descartados extremos, y concretados al tiempo y espacio: del ayer, hoy y mañana, vamos a analizar la ontología de esta región, hoy formada por Cáceres y Badajoz, y mañana, tal vez, complementada y perfeccionada con regiones que ya fueron suyas, como esa Mancha que no es Mancha, y esa salida a los mares océanos por las costas del Suroeste Ibérico. Pero esto último no es más que un anhelo, una búsqueda de algo que remata y perfecciona a la Gran Extremadura y siempre que no se hieran otros sentimientos.

Fe en Extremadura.

Tal vez parezca paradójico el que antes de fijar el Ser de Extremadura, exija yo la fe en ese Ser. Y, sin embargo, la filosofía nos muestra que, precisamente, no todo lo que existe es palpado por el hombre, que sólo una pequeña parte del Ser se hace perceptible, y que luego la fe redondea y formula la totalidad del mismo.

Vamos a prescindir de Dios, del Ser Sumo que paradójicamente se concreta por su invisibilidad, y al que se le percibe y capta por los sentidos internos. Algo de esa fe pido yo: una captación de Extremadura por los sentidos externos, pero, sobre todo, por los internos. Si nosotros los extremeños no tenemos fe en Extremadura, si dudamos de su existencia transcendente, ¿cómo vamos a exigir al extraño a nosotros que crea en nuestra existencia? —Si los nacidos en esta tierra de dioses, no nos creemos tales, sino que nos comportamos como esclavos, algo así como nada, ¿cómo vamos a pedir respeto y grandeza?— Viéneme a la memoria aquel ejemplo que usara el filósofo Kierkegaard para inculcar lo vital de la fe en la vida religiosa. Cuenta él, cómo en las afueras de una ciudad danesa, en medio de sus campos llenos de rastrojos, se encontraba un circo en pleno verano. Un día se declaró en él un gigantesco fuego, y al director del circo no se le ocurrió otra cosa, que mandar aviso a la ciudad por medio de un clown, que, tras su actuación, aún no se había cambiado de traje. Llegó el payaso a la ciudad y sus gritos de auxilio fueron tomados por propaganda. «Lo que pretendes —se decían los ciudadanos— es que llenemos el circo y que te aplaudamos». El clown gritaba, lloraba de rabia, pero los ciudadanos reían a carcajadas. «Mirad —les decía— que el fuego puede prender en vuestros

rastrojos y abrasar vuestra misma ciudad». Todo en vano: lágrimas de pena en el payaso, lágrimas de risas en los ciudadanos, pero lágrimas que no fueron suficientes para apagar el fuego, que, de repente, saltó de circo a ciudad, abrasando en ella a todos sus habitantes. Tal vez nuestro caso tenga algún parecido con este del circo y de la ciudad, que perecen por falta de fe en unos gritos de angustia. Nuestro circo, Extremadura, está ardiendo, pero tenemos tan mala cabeza que mandamos en busca de auxilio a clowns y payasos. El fuego existe y puede suceder que el fuego destruya la propia casa y luego se propague de Región a Patria, todo por falta de fe en nuestros gritos angustiosos y porque nosotros, los extremeños, no escogimos emisarios competentes que supieran exponer con fe, y con palabras que arrancaran fe, los problemas que nos queman y abrañan.

No, no enviemos payasos, sino dioses: hombres entendidos y competentes y entregados, que expongan al mundo nuestra existencia, nuestra dura existencia, de lo contrario, ni nos entenderán ni nos atenderán con sus ayudas. Es esta una región que, para arrancar, está necesitada de fuerzas auxiliares, de esfuerzos subsidiarios de la Nación entera.

Mas dejemos este cuadro pesimista, que pide fe en estos momentos agónicos, en la crisis accidental que sufre nuestra región. Tengamos fe en una Gran Extremadura, que por encima de las dificultades actuales, que luego explicaremos, sigue siendo fiel a su destino histórico; Extremadura encarna mejor que ninguna otra región española, el estilo de obrar español. Extremadura es el símbolo del «homo hispanus», que mejor representa al tipo ideal de la Hispanidad, porque el extremeño es grandeza contra mezquindad, arrojo contra timidez, altivez contra servilismo, impetuosidad contra cálculo.

No, la Hispanidad, ciertamente, no puede adscribirse sólo al extremeño, pero la Extremeñidad es el catalizador de la Hispanidad. El extremeño, es «primus inter pares» tratando de esparcir por el mundo el aroma de la Hispanidad, que no sólo es raza, lengua y religión, sino una universalidad que fortalece la personalidad en la misma medida que ésta se pierde por realzar y sostener la Hispanidad.

Tengamos fe en Extremadura, que no sólo salvará estos momentos cruciales y críticos, sino que seguirá trascendiendo, por encima de todas las dificultades que haya que vencer, para transformarse de Región agrícola en Región cívica (económica, social y cultural).

Extremadura como ser.

La fe no crea un ser, pero si lo determina y concreta. Diríamos mejor que lo vivifica. Sólo la fe da existencia a las esencias. De ahí que con razón pudiera decir Nietzsche: «Dios no existe», con lo que el filósofo germano, muchas veces mal interpretado, no negaba al Ser-Dios, sino que afirmaba el estado nulo de su existencia en una Sociedad desacralizada que lo había desterrado de sus Estados, y pretendía eliminarlo de sus culturas. De ahí que él hablara más bien del crepúsculo de los dioses, del eclipse de Dios en la Sociedad moderna. Su frase hubiera sido más concreta si la hubiera expresado de esta forma: Dios no existe ya para los hombres. Pues bien, Extremadura es un *Ser* que *existirá* en tanto nosotros creamos en ella y forcemos a que España y el resto del mundo crea en ella. Sólo así se podrá determinar y concretar el *Ser* Extremadura, que no está hecho del todo, sino que es un «Seiendes», algo que tiende a cerrar su esencia, aunque esa esencia sea colectiva, determinada por lo que seamos cada uno de nosotros los extremeños, en cuanto seres que también se están realizando y haciendo. Ya sé que esto es *metafísica*, pero es que Extremadura está necesitada de una *Metafísica* que la trascienda y la haga ser respetada por todos cuantos la constituyen y la entornan. No sólo es *Ser* por el conjunto colectivo que la integra, sino porque a esa pluralidad de seres extremeños se suma una naturaleza geográfica, no tan libre como el hombre, pero en cierto grado libre como él, que influye sobre la constitución sustancial del *Ser* Extremadura. Ciertamente que no es fácil comprender este flujo de la naturaleza geográfica sobre el ser extremeño, pero suponed por un momento que toda Extremadura se quedara como colgada en el vacío, que se desplazara la plancha que nos sustenta, que en su lugar se incrustara otra plataforma de ríos, montes y clima; entonces veríais cómo el ser extremeño, cual el camaleón, tomaba otro color, otro tinte, no sólo en su piel y corteza, sino en sus carnes y huesos: otra inteligencia, otra voluntad, otros sentimientos. La nueva geofísica transmutaría la metafísica anterior de este ser extremeño, con lo que llegamos a la conclusión de que el *Ser* Extremadura viene determinado por la superposición de la «ge» con la «polis», es decir: por un *Ser* Geopolítico.

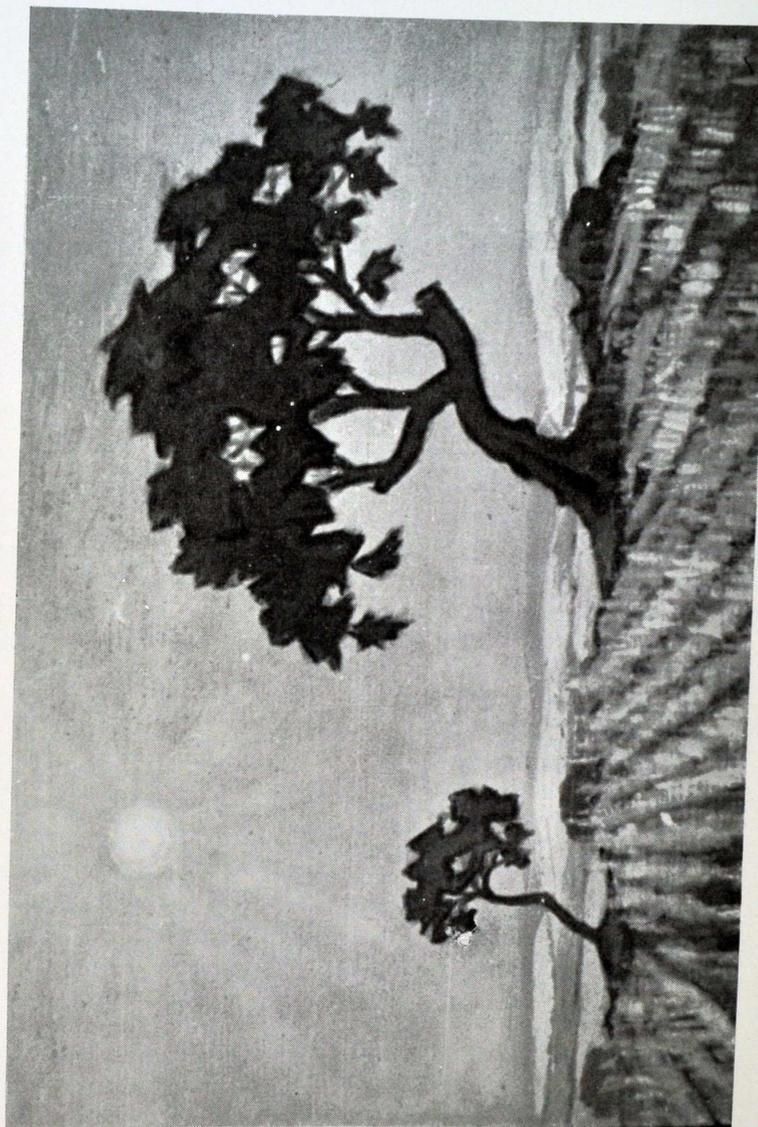
De ahí que ríos y montañas, aires y tierras, a más de los grupos étnicos que integran nuestra polis, sean los elementos simples que conforman el *Ser*-Extremadura, sin cuya concurrencia o con su mutilación la destruiríamos.

Pero de esta Geopolítica hablaremos más ampliamente en Extremadura como existencia.

Extremadura como existencia.

Hasta ahora hemos venido hablando de Extremadura de una forma metafísica. Ya está determinada la ontología de este Ser-Extremadura. Vamos a tratar de su existencia, de estudiarla bajo otros ángulos de vista: el geopolítico y el psicológico, y en general el humano y existencial. Hablo de Extremadura como de un espacio concreto que se extiende de Cordillera Carpetovetónica a estribaciones meridionales de la Mariánica, espacio cortado en su aproximado punto medio por la Oretana y, a su vez, regadas estas dos partes, respectivamente, por los ríos Tajo y Guadiana.

Me haría muy largo si fuera yo a describir cada uno de los detalles geográficos de nuestra región. Si nos ceñimos a las dos provincias que la integran, podríamos muy bien señalar tres franjas de terrenos que vendrían a constituir una Alta Extremadura, una Media y una Baja. Pero vamos a prescindir de esta nomenclatura que pudiera herir la susceptibilidad de ciertos espíritus, y llevarnos a atomizaciones innecesarias, cuando más bien propugnamos grandes divisiones administrativas, casi una Gran Extremadura en lo político, militar, cultural y eclesiástico, aunque esta concepción maximalista también choque con las realidades existentes y ofrezca grandes resistencias. A veces lo más lógico, no es lo más aconsejable pues también se da la *utopía* en la *cronía*, como se da la *ucronía* en la *topía*. Lejos de mí el provocar susceptibilidades en el interior, cuando lo que pretendemos es aunar voluntades e integrar la Gran Extremadura, una Extremadura que se haga querer, respetar y hasta venerar. Sin embargo, no omitamos en nuestro estudio el señalar la existencia de estas tres franjas o superficies de terrenos, la de la orilla derecha del Tajo y la de la izquierda del Guadiana y la comprendida entre ambas corrientes, esta última que parece rehuir, por su altitud y escabrosidad, formar parte de las respectivas cuencas fluviales. Mientras las dos primeras franjas son una promesa, la tercera es hueso duro de roer, pero que también pudiera resultar utilísimo en futuros riegos con las aguas del Tajo, o para un turismo cinegético y residencial en castillos y alquerías o para la industria de los productos del campo y de la ganadería. A través de la historia se ha plasmado en la Vía de la Plata el camino más corto que une el Sur con el Norte y que atraviesa toda Extremadura. De ahí el flujo y re-



NUESTROS ARTISTAS: «La Higuera», por José Antonio Navarro.

flujo de los diferentes grupos étnicos que han invadido la península. Tartessos, iberos, celtiberos, romanos, suevos, alanos, vándalos, godos, árabes y reconquistadores peninsulares, todos ellos han pasado por Extremadura y han dejado huellas genéticas. De ahí que el ser extremeño en sus manifestaciones existenciales, se produzca de manera tan variada. Pero, en general, predomina en el extremeño, como es lógico, la cuádruple mezcla de ibero, romano, moro y godo hispanizado, es decir, de la reconquista. Es telúrico como el ibero, universalista como el romano, impetuoso e individualista como el moro y cristiano como el godo reconquistador.

* *
* *
* *

¿En qué se manifiesta el telurismo del extremeño? En su apego desmedido al terreno que, a veces, le ha llevado a morir de hambre en un rincón de su pueblo, antes que lanzarse a la aventura de atravesar mares y fronteras. Si analizáis bien las emigraciones de la época colonial y las actuales de los trabajadores al extranjero, observaréis que la masa popular, inicialmente, se resiste a abandonar los propios lares; es necesario que llegue un explorador, como en las hormigas, que haya ya probado la aventura y cuente sus éxitos, para que el extremeño, en masa, arranque del suelo y emprenda el vuelo sin metas ni fronteras. Se le presenta como un temblor telúrico, y duda entre el apego a los suyos, y la arrancada violenta en busca del sostén de los mismos. De ahí que sea fiel a la patria chica, que vuelva a la misma y la enriquezca con el botín de sus conquistas y trabajos. Es más, el labriego extremeño, se tiñe con la misma tierra, duerme sobre ella, se reproduce sobre ella al mismo compás que cuaja el trigo, y muere a veces a la vez que mueren frutos y animales, juntando el lecho del nacimiento con la tumba del descanso eterno. Evocad por un momento el telurismo que exhalan los versos de un Chamizo, carne del pueblo, alma del labriego:

«Ellos saben que la tierra labrantía,
seria, llana y arrogante'n los recuestos,
es la jembra que mantiene muchos hijos
con la juerza de la savia de sus senos;
y es la madre y es la novia y es la hermana
del gañán que, con calor de macho en celo,
la colmara de cudiaos,

la regara con sũores de su cuerpo,
la labrara con cariño,
derramara por sus surcos el granero,
y supiera conformarse, cual cristiano,
cuando Dios, dende los cielos,
pa probá si eran mu jondas sus querencias,
malograra sus esfuerzos.»

Para rematar esta fusión de hombre y tierra, este total telurismo del labriego extremeño, con la magistral estrofa que, cual broche de oro, sella los «*Consejos del Tío Perico*»:

«Son asina los cachorros de la raza
de castũos labraores extremeños,
que, inorantes de las cencias d'hoy en día,
cabilando tras las yuntas, descubrieron
que los campos de su Patria
y la madre de sus hijos, son lo mesmo.»

Pudiera quedar manco mi aserto, si yo circunscribiera, sólo a la provincia de Badajoz, este telurismo ibérico del labriego extremeño. También en la Alta Extremadura, el extremadamente extremeñizado Gabriel y Galán, funde el calor incubador de la tierra con el hervor de la sangre de una juventud ardorosa:

«Véte lejos, linda Andrea,
que el bochorno me marea,
me emborracha, me caldea,
me pervierte los sentidos perezosos...
Véte lejos, criatura,
que en tus labios hay frescura
y en mi sangre calentura,
y en mi mente sueños árabes borrosos...
¡Pero no, que el fuego es vida!
y bajo esta derretida
lumbre roja desprendida,
de ese sol abrasador de los desiertos,
vida incuban los lugares,
sus azules olivares,
sus dormidos encinares
y sus viñas, y sus mieses y sus huertos!»

(Del «*Cantar de los Chicharros*»).

Otro génes que se manifiesta en las existencias extremeñas es el romano: universalista. Ocuparía mucho espacio el exponer, aunque sólo fuera, sucintamente, el contenido de este rasgo romano, heredado por el extremeño. Sobra el hablar aquí, en Mérida, de la influencia romana. El lugar y mis oyentes nos empapan de romanismo: hablo en Augusta Eméríta, ante los Eméritos. Hasta mi conferencia se convierte en oración proarquiana ante estas reliquias y monumentos que hablan por Roma. Saltaría de Cicerón a Virgilio y exclamaría con el mantuano: «Sunt lacrimae rerum»; lloran las cosas, gime toda Mérida por la ausencia de Roma. Sí; lloran las cosas y gime entera Mérida, pero no gimen ni lloran los romanos porque estos emeritenses siempre les fueron leves ¿y cómo no les iban a ser leves, si Mérida, que empezó siendo romanizada, se hermanó con Roma, y acabó por hispanizar y emeritizar todo este contorno, amplísimo contorno de la Gran Extremadura, conocida por Lusitania? Y Mérida sigue siendo leve y suave, cariñosa y fraternal, para con ese espíritu romano, universalista e hispanizado, que pervive en todos y cada uno de los extremeños. La antigua Lusitania sigue siendo leve, levísima, para tantos muertos romanos como sostienen a Mérida y a los emeritenses. Que ellos sigan en paz y que nosotros también la disfrutemos, tal cual ellos, que ya nos tenían presentes, nos la desearon y transcribieron en sus epitafios: «Caminante, quien quiera que seas, cuando al pasar ante esta tumba leas en su epitafio que fuí arrebatada a la vida teniendo sólo una veintena de años, sin duda te lamentarás de ello, y aunque pienses que esta paz que yo gozo ahora te será luego a ti, cuando estés cansado, tan dulce como a mí, haré votos, empero, porque vivas más que yo y envejecas más tarde, disfrutando de la vida que no se me otorgó a mí. Mas, si te alivia el llorar, ¿porqué no lloras? Aquí yace Nise... Véte, o mejor aún, vuela, que ahora eres tú quien lees, pero luego tú mismo serás leído». (De Pax Julia = Beja -Portugal- no lejos de Mérida). ¡Cuánta filosofía; pero sobre todo cuanto humanismo universal, un humanismo que como la égloga 4.^a de Virgilio está forzando la llegada de un Redentor! Y sí; Cristo llegó a la romanidad como la verde esmeralda se incrusta en el dorado anillo.

El universalismo y humanismo romano explican la facilidad de los conquistadores extremeños en transcender sus conquistas y ponerlas a los pies de la Corona, y del altar de Dios, como igualmente nos descifran el espíritu humanista y enigmático de nuestros, Arias Montano y Francisco Sánchez, el Brocense.

El génes arábigo nos imprime individualismo, un individualismo más bien dañino, que, a veces, influye en nuestro carácter independiente y levantisco. En estos momentos históricos en que hay que rehacer y engrandecer a Extremadura a base de conjunción de esfuerzos, este individualismo más nos perjudica que nos beneficia. Al menos, conozcámoslo para combatirlo. Sin embargo, bueno será que todo extremeño que haya conquistado un puesto clave en el establecimiento político, nacional o internacional, haga ostentación de este génes individualista y de este ímpetu arábigo, y mire con preferencia a la Región que le dio el ser y que tanto le necesita en la hora presente.

* * *

La mezcla de los hombres de la reconquista con los indígenas ibero-romano-árabes, crea una situación más bien social que racial. Por lo general estos reconquistadores llegan a constituir la nobleza extremeña, de la que tanto se ha hablado. El fallo de esta nobleza no estuvo en su espíritu de dominio, que no lo mostró ni nunca tiranizó, sino en la mala administración y distribución de sus tierras, que confió a burócratas explotadores, con escasa o nula conciencia moral.

Pero dejemos aparte ese fallo, que ya casi se encuentra subsanado o compensado. Las nuevas estructuras sociales terminarán por eliminarlo, porque no es problema de latifundios o minifundios, sino de justa distribución de beneficios. Tal vez, con otras estructuras, tengan que subsistir esos mismos latifundios (en terrenos pobres) y esos mismos minifundios (en zonas ricas y regables). Sin embargo, esta nobleza devuelve a Extremadura las esencias cristianas de los primeros siglos del cristianismo. Estas notas de cristianismo y universalismo, constituirán las bases de la Hispanidad. Evoquemos, en el veinticinco aniversario de su muerte, al nunca bien llorado García Morente. Abramos las páginas de su libro *«Idea de la Hispanidad»* y leamos algo de lo que él expone sobre esta cosmovisión española de la misión en el mundo del hombre, español y cristiano. Cosmovisión esta de la Hispanidad que ha encontrado su mejor imagen, su mejor encarnación genética en la que pudiéramos llamar la Extremeñidad, ese estilo, joven y airoso, de mirar por encima de todos los intereses personales para clavar la mirada en el horizonte infinito de la hermandad de todos los pueblos, sin distinguos de raza,

lenguas, culturas y religiones, pero de una hermandad cuyo hermano mayor es Cristo. Pues bien, García Morente trasciende los conceptos de nación, de Renán, y de Ortega y Gasset, con lo que convierte a España en llamada de Hispanidad. Mientras Renán afirma que una «nación es un plebiscito cotidiano», y Ortega y Gasset la entiende «primero: como un proyecto de convivencia total en una empresa común; segundo, como la adhesión de los hombres a ese proyecto inicial», nuestro García Morente escribe que «la nacionalidad consiste, principalmente, en la homogeneidad de esencia que reúne todos los hechos de España en el tiempo y hace, de todos ellos, aspectos y facetas de una misma entidad. Ser español —deduce— es actuar «a lo española», de modo homogéneo a como actuaron nuestros padres y abuelos. Ahora bien: esa afinidad entre todos los hechos y momentos del pasado, del presente y del futuro, esa homogeneidad entre lo que fue, lo que es y lo que será, esa comunidad formal, no tiene realmente más que un nombre: estilo. Una nación es un estilo: un estilo de vida colectiva. Y, luego, pasa a concretar a España como estilo, un auténtico estilo de vida, que se manifiesta en las modalidades que expresan la íntima personalidad del agente y no las de su realidad objetiva. El estilo es un aire, un aire que sopla de la tradición, pero no significa ni estancamiento ni reacción, sino progreso que en todos sus momentos y manifestaciones, debe llevar el cuño y el estilo que definen la esencia de la nacionalidad. Para García Morente el mejor símbolo de la esencia de la Hispanidad es el caballero cristiano, un arquetipo que está más allá del arquetipo griego del «Kalós Kai agathós», del arquetipo romano del «otium cum dignitate» y del arquetipo inglés del «gentleman». El español, afirma, ha sido, es y será siempre el caballero cristiano; valiente, grande y no mezquino, arrojado y no tímido, altivo y no servil, hombre de pálpito más que de cálculo, auténtico, personalista, novio de la muerte y marido del honor «patrimonio del alma». Todo este estilo de vida se transmite a través de la Hispanidad, de una Hispanidad Universal, que incorpora en sí a España y Portugal y que se extiende por todos los confines del mundo. Américo Castro, en su *Origen, ser y existir de los españoles*, hace hincapié en esa Universalidad de la Hispanidad, en esa inquietud del español por derramarse e imponerse: «La consciencia del *más allá*, inherente al existir dentro de cada una de las Españas peninsulares, se abría hacia horizontes ya de dimensión planetaria. La Tierra pudo decir a un español de la España vascongada: «circum dediste me». De ahí que esa Hispanidad, en los momentos más explosivos de la misma,

allá por el siglo XVI, sea también portuguesa; ya que, según Camoens, en «*Os Lusíadas*», «a noble Hespanha» aparece «como cabeça de Europa toda»:

Ouvidho tinha aos fados, que viría
 Ua gente fortíssima de Hespanha
 Pelo mar alto, a qual sojetaría
 Da India tudo, quanto Doris banha.

Es Camoens el primero que nos habla de una Hispanidad Europea, cuando escribe que «A noble Hespanha aparece como cabeça de Europa toda». De ahí esa mi insistencia, a pesar del poco eco encontrado, de formular una Hispanidad Universal, bicéfala o bifronte como el águila imperial de los Austrias, que tanto mire a Europa como a Afroamérica, sin excluir, por ello, de percibir los pálpitos hispanos de Asia y Australia. Perdonadme que me extienda en la Hispanidad ¿acaso su mejor hija y su mejor retrato no es la Extremeñidad?

Porque Extremadura, al mirarse en el espejo de la Madre Hispanidad, transforma y convierte a ésta en Extremeñidad, ese estilo español de obrar que tanto caracteriza al extremeño: universalista pero telúrico, cristiano pero fogoso, héroe pero subordinado, arruinado pero rico.

Como insinuaba, la Hispanidad es Universal, porque el estilo de ser hispano no se puede limitar al actuar del español en un determinado continente, sino en todas y cada una de las partes del mundo que pise este caballero cristiano, español. Naturalmente que donde más ha pisado el español, y, precisamente el extremeño, es en el continente americano. De ahí que allí se manifieste más la Hispanidad y que allí todo se halle tintado y coloreado de Hispanidad. Pero hay acciones españolas en Europa que también sonrosan el triste y gris horizonte europeo con los rayos de luz del sol hispano de poniente. Esa llamarada de luz sobre nubes y celajes de ocaso, son presagios del sereno día del mañana. Doquiera penetra un rayo de luz de Hispanidad, desaparecen las tinieblas, se cree en Dios, aunque inicialmente eso también lleve consigo la creencia en un don Quijote.

* * *

Hace poco me sometía yo a una «entreviu» de prensa, para cierto periódico de una República hispánica de Centro-América. Por ser de interés, transcribo lo que afecta a esta mi concepción de Hispanidad Universal, ya que a través de estas declaraciones veréis cómo

se superponen Hispanidad y Extremeñidad, es más, como los pilares santos de la Hispanidad están clavados sobre el solar de nuestra Gran Extremadura. Extremeñidad es la interioridad del Extremeñismo, así como la Hispanidad es la interioridad del Hispanismo; almas y cuerpos que, irrigados de espiritualidad, forman la tricotomía del «ser» extremeño y del «ser» español. Pero transcribamos mis declaraciones: «La Hispanidad, entendida al estilo yustino, es, por su universalidad, plasmación de la Univertas Chistiana de Carlos V, más afecto al padre Las Casas que al doctor Sepúlveda. Aquí, en Extremadura, se materializan las dos polaridades de esta Hispanidad Universal, bifronte como el águila bicéfala de los Austrias: Yuste, donde se entierra una Europa descompuesta y de cuyas cenizas surge la concepción carolina de una Hispanidad Universal, y Guadalupe, rampa de despegue de esta nueva concepción, que, sin perder la mirada a Europa, recoge esencias cristianas, germanas, judeosefardíes, griegas y romanas, y lanza su otra mirada, intensa, a Iberoamérica, como a tierra virgen para la siembra y germinación de esta Hispanidad Universal».

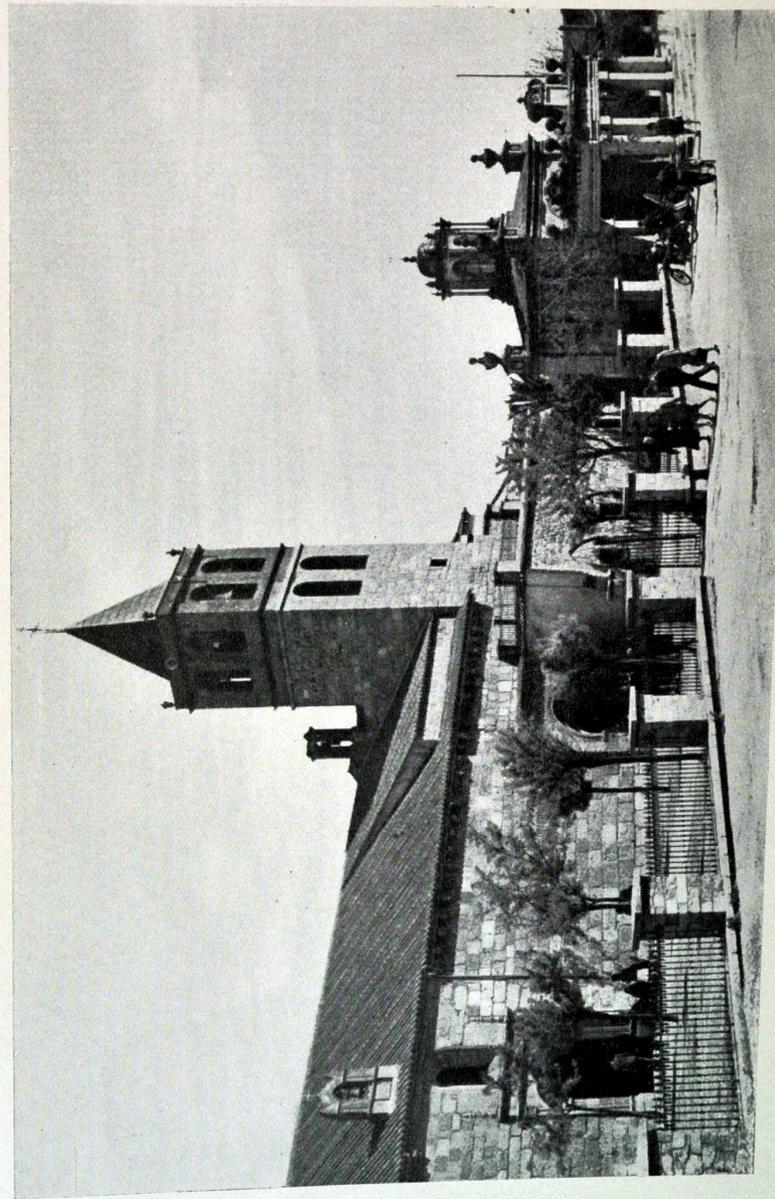
La Extremeñidad no es más que la imagen y semejanza de esta Hispanidad. La Extremeñidad, en analogía con la «analogía entis», está hecha, como diría Przywara, a imagen y semejanza, «Kat' eikóna Kai homóyesin», de la Hispanidad. Es algo más que el fruto de la Hispanidad, cual la define Fernando Bravo, ya que la Extremeñidad como fruto no refleja este vis a vis, este espejarse de la Hispanidad, esta coexistencia trinitaria de Hispanidad, Extremeñidad y Universalidad, esta última como espíritu vivificador. Bella la imagen de Fernando Bravo sobre Extremadura, como las doxologías que aporta de Eugenio Montes: «Ser extremeño es ser extremadamente español»; del marqués de Lozoya: «La agreste y montaraz Extremadura es, entre todos los países hispánicos, el que siente mayor vocación de universalidad»; y de Hernández Pacheco: «Extremadura es como la esencia de la Hispanidad, como el resumen de las características hispánicas». Pero yo me acojo al genio profético de Bravo y repito con él, en medio de esta torturada y torturante (para los que nos dirigen) Extremadura, que si un cataclismo amenazara a España y nos fuera dado poder salvar un solo trozo de ella, el que fuera más representativo, no dudaríamos ni un solo instante, en escoger este troceado leño extremeño, leño de salvación, porque sólo Extremadura sería capaz de generar, natural y espiritualmente, otra nueva España y otra nueva Hispanidad. De ahí que no concibamos ni toleremos la preterición y olvido, oficial u oficioso, de Extremadura.

Extremadura como realidad.

Sería mejor titular este apartado, Extremadura como problema. Si habéis seguido de cerca la serie de editoriales del «Hoy», en esta última quincena, habréis tropezado con títulos tan angustiosos como los que cito: «Nuestra triste situación, razón para pedir» («Hoy» 24-1-68), «Extremadura pide» (en rojo con sangre), «Pedimos para sobrevivir» («Hoy» 26-1-68), «Extremadura sin aguas del Tajo» («Hoy» 27-1-68), y últimamente en «Pedimos porque damos» («Hoy» 30-1-68).

Ciertamente la realidad de Extremadura, la que nosotros vivimos, no es nada halagüeña. Rota en lo cultural, con un Cáceres que universitariamente depende de Salamanca y un Badajoz de Sevilla; rota en lo eclesiástico, con idéntica escisión; rota en lo militar, con dependencias de la 1.^a y 2.^a Región Militar; rota, en tantas cosas, que más vale no mencionarlas, ya que roto estamos en lo económico, con una industria casi nula y una agricultura y ganadería, al garete. Mas no es esa la realidad. Los filósofos dicen que la realidad se acuna entre la materialidad y el símbolo, entre lo superficial y anodino, y lo titánico y espiritual.

Seríamos muy materialistas y nada extremeños si llorásemos, como plañideras, tras el féretro de un presunto cadáver. No, aquí no hay muertos, porque sobre la triste y material situación del momento extremeño boga un espíritu de ilusión y de heroísmo. No; hemos de luchar, dentro de España, sin airear al exterior nuestras momentáneas desventajas, para lograr la realidad de la Gran Extremadura: Una Región excepcional, modelo. ¿Cómo? Aunando esfuerzos para conseguir una verdadera Unión de las dos provincias, casi pidiendo una Administración Regional, Supraprovincial. Aunando esfuerzos para conseguir una Universidad para nuestra Región Extremeña. Aunando esfuerzos para exponer la necesidad de una División Militar para Extremadura, como aquella 12 División, ya desaparecida, que unía tan fraternalmente a las guarniciones de Badajoz, Mérida, Cáceres y Plasencia. Aunando esfuerzos e inteligencias, ahora que los obispados y arzobispados no son principados gracias a Dios, para conseguir un Arzobispado, mejor dicho, para hacer resurgir aquel antiguo Arzobispado de la Augusta Emérita. Y, sobre todo, aunando esfuerzos para hacer realidad una industrialización de nuestra agricultura y ganadería: que no haya núcleo urbano que no tenga o una fábrica de galletas, o una fábrica textil, o un matadero industrial, o una fábrica de conservas, o una fábrica de cigarrillos, etcétera, etc. Luchando contra los monopolios oficiales que nos las



ALBUM EXTREMEÑO.—El Hornito de Santa Eulalia. Mérida. (Foto Arribas).

vedan y contra las protecciones regionales partidistas que nos las enclavan en puntos alejadísimos de nuestra Extremadura. Para ello es menester, que todo extremeño, desde su puesto privado u oficial, imprima a todas sus acciones un sello: el del Extremeñismo, que tiende a que subsista Extremadura y así la Extremeñidad, imagen consustancial a la Hispanidad. Seamos exigentes para con Extremadura. No consintamos se nos prive de uno solo de los dones con que nos obsequió la Naturaleza: ni una sola gota de agua, ni una sola cucharada de tierra, mineral o radiactiva, debe salir de nuestra región hasta que no se hayan agotado todas las posibilidades de explotarla dentro de la misma Extremadura. Sólo, ante una razón superior, la del ser o no ser de España, cederíamos de nuestros derechos e, incluso, daríamos la vida. Pero no; creo que salvando a Extremadura se salva por igual a España.

Extremadura como realidad se halla en el campo negativo, aunque dentro de él haya progresado hacia lo positivo con el Plan de Badajoz y las pequeñas acciones estatales sobre Cáceres. Pero Extremadura espera, mientras exige, que la industrialización de su agricultura (de sus tierras y de sus productos) y de su ganadería, se materialice y concrete en ese segundo y modificado Plan de Desarrollo, o aquello que lo sustituya.

Por nuestra parte, como extremeños, aunemos esfuerzos. Creemos, con el apoyo de las dos Diputaciones Provinciales, un Estudio General de Extremadura, que bien pudiera localizarse en esta Augusta Emérita, punto equidistante y centro de la Región. En ese Estudio General agrupemos diversos seminarios: Político, Económico, Histórico, Cultural. Incorporemos al Estudio General sendas Revistas extremeñas, que han de tratar de continuo sobre estas cuatro secciones básicas. De ahí, de ese Estudio General, pudieran salir: la Universidad de Extremadura, la Industrialización de su Campo y su Ganadería, una Política Extremeña y, sobre todo, el Desarrollo, material y espiritual, de este pueblo tan sufrido, tan heroico y tan español.

* * *

No sé si habré estado acertado en mi cosmovisión de Extremadura. Quede puesto este primer jalón a una Metafísica, a una Fenomenología y a una Historia de Extremadura.

Insisto en mis dos primeras advertencias: ni exacerbación regionalista, ni impasibilidad ante este paulatino hundimiento de la Región.

Sólo un grito, como un puñal, que arranque sangre a inadmisibles posturas, insensibles a nuestro problema. Somos extremeños, esencia de España, y hemos de arrancar a las gargantas del resto de España aquella estrofa del poeta extremeño, del poeta de la expresión brava, y del poeta de la expresión tierna:

Es sangre d'otras épocas la su sangre,

sus agallas parecen d'otros tiempos,

son los hijos d'esas tierras, de la raza

de castúos veteranos extremeños...

.....

triunfaron de los que tanto se burlaron

triunfaron de los que tanto se rieron.

(Chamizo, «La viña del tinajero»)



Ideario extremeño

Los hombres en todas partes viven encontrados, en todas delinquen y en todas tienen necesidad de persuadir, de amar y de defender.

FORNER

NUESTROS CLÁSICOS

Farsa de sancta Bárbara

PAS.—Ilos que me aueis saludado,
Dios, que norabuena estais;
Ilos otros que me mireys
con el vn ojo quebrado,
yo sé que me avreys aojado
cada qual según su quajo;
vnos, que gran espantajo;
otros, necio ençurronado,
y avn, por aquesa opinión,
tray ellombre dos çurrone
por mostrar llas condiciones
de llas gentes *que* ora son;
porque sepays la rrazón,
estos çurrone estremos
todos, mi fé, llos traemos
para nuestra confusión;

De pecados andan llenos,
que jamás están vazios;
de detrás echo llos míos,
y delante llos agenos;
llo mismo, ni más ni menos,